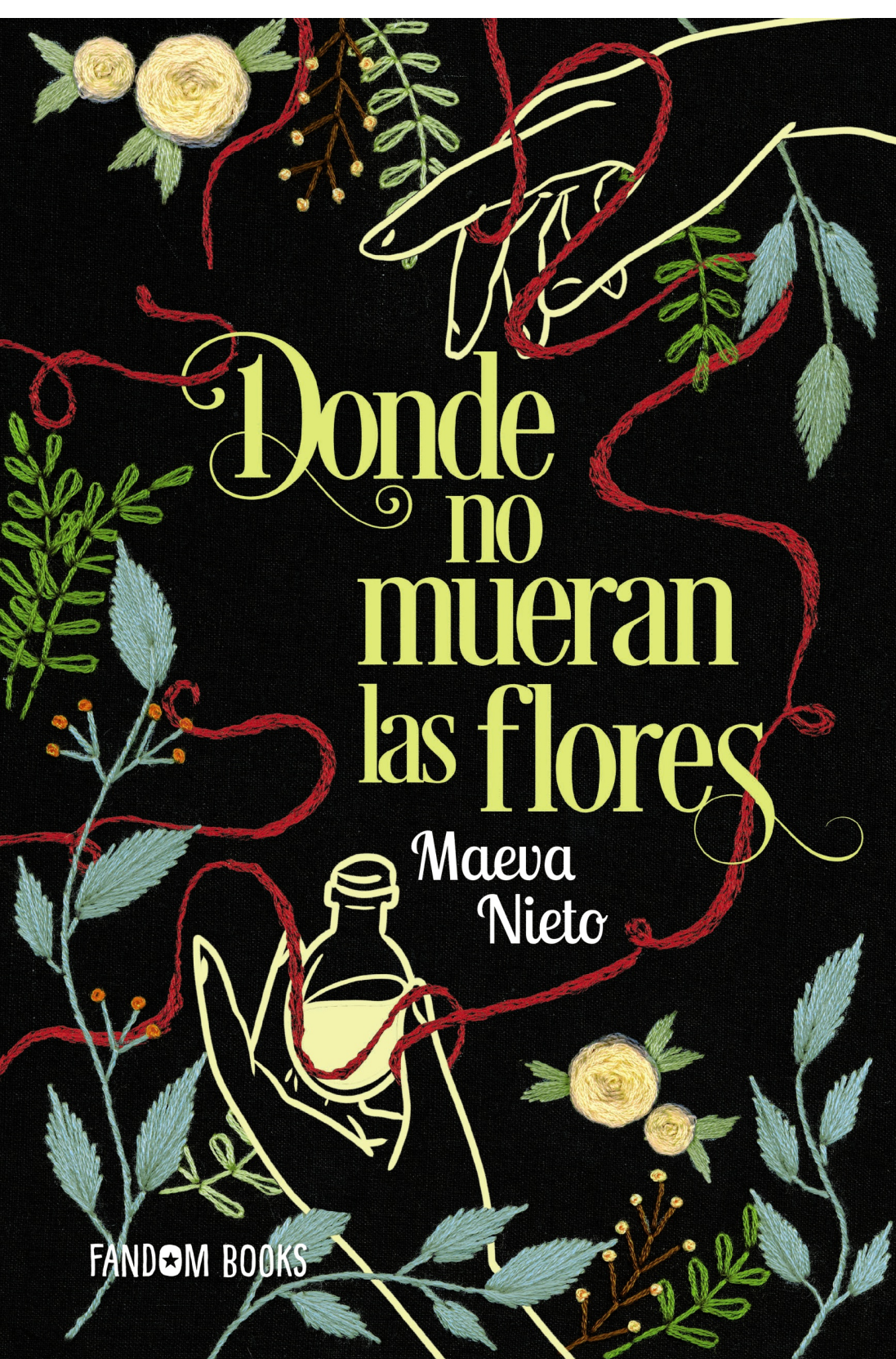




Donde no mueran las flores

Maeva
Nieto

FANDOM BOOKS

Donde
no
mueran
las flores

Esta obra ha sido galardonada con el II Premio Fandom Books
de Novela Juvenil 2025. El jurado estuvo integrado por
Mari Carmen Fombuena, Cristina García,
Raquel Brune y Marta Álvarez

1.^a edición: septiembre de 2025

© Del texto: Maeva Nieto, 2025
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2025
C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Bordado e ilustración de cubierta: Sheila Iglesias
Diseño de cubierta: Lola Rodríguez
Bordados interiores: Maeva Nieto

ISBN: 978-84-19831-30-9
Depósito legal: M-14652-2025
Impreso en España - *Printed in Spain*



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Maeva Nieto

Donde
no
mueran
las flores

II PREMIO
FANDOM BOOKS
DE NOVELA JUVENIL

FANDOM BOOKS

Al mar, al cielo y a todo lo que existe entre ellos.

«El amor no es el estallido,
aunque también exactamente lo sea.
Es como una explosión que dura toda la vida».

—VICENTE ALEIXANDRE

Finales de mayo
de 1977



Capítulo 1

 Alma 

Los Loredó vivían en una antigua barraca, ni lejos ni cerca del resto de Salinas. Alma siempre había sentido envidia de esa casa rodeada de plantas, repleta de toda la vida que le faltaba a la suya. Ella no tenía flores, todas morían donde empezaba su jardín. No era un borde neto, sino un gradiente sutil de verde que se difuminaba hasta desaparecer en la tierra seca del acantilado en el que moraba. Visitar a sus vecinos, a la otra familia mágica, resultaba extraño, como si habitaran en mundos distintos pese a pertenecer al mismo pueblo de la costa valenciana.

Antes de llegar a la entrada, había que cruzar una pérgola de la que pendían madreselvas de pétalos blancos. Llevaba en la memoria el olor fresco de las mañanas que muchas veces pasó ahí y el verde vibrante en contraste con la cal de las paredes. Por eso, enseguida notó algo extraño en las enredaderas. Ese día, sus hojas parecían más débiles que de costumbre. No se habían marchitado, pero las pequeñas flores estaban deslucidas. Algunos pétalos habían caído y tapizaban parte del porche.

En cuanto estuvo bajo ellas, en lugar del suave aroma de sus recuerdos, lo que Alma sintió fue un aire denso y agriado. Sabía

que no era así, en realidad eran sus pulmones los que, nerviosos, se negaban a respirar. A diferencia del resto del pueblo, ese rincón verde estaba sumido en el silencio propio de un cementerio. No escuchaba a Roque, el perro de sus vecinos, ni la voz de Flora cantando mientras regaba. La barraca parecía vacía, seca y muerta.

Se quedó frente a la puerta, sin atreverse a llamar. Temblaba tanto que el dijero que siempre colgaba de su bolsillo tintineaba como un cascabel. Sabía que no le haría falta ni el pequeño frasco en el que guardaba pociones, ni la sortija de plata para la levitación. Sin embargo, llevar su colección de objetos mágicos atados con cadenas le ayudaba a sentirse menos vulnerable. Todavía apretaba entre los dedos la nota que había llegado esa misma mañana.

«Venga pronto, por favor. Salvia no puede seguir así».

Solo dos frases que, aunque no fuesen dirigidas a ella, sino a su abuelo Valiente, pesaban como el plomo. El mensaje lo firmaba Bosco Loredó, un hombre escueto que en esas pocas palabras se notaba desesperado. Alma sabía lo que había ocurrido: un accidente con uno de sus caballos. La noticia estaba en todas las bocas de Salinas. Había tantas versiones de lo ocurrido que no sabía cuál creer. Hasta ese momento, había tenido la sensación de que en realidad no había sucedido nada. Ni siquiera esa nota que tenía en la mano resultaba real del todo.

No quería que lo fuera. No quería estar ahí y hacer el mismo trabajo que su abuelo había realizado durante años, pese a haberse ofrecido ella. Él ya era mayor y Alma casi tenía veinte años. Ambos sabían que el día en el que esa tarea solo perteneciera a la joven estaba cerca. Lo que no esperaban era que fuese así, con el golpe de una coza. Cuando lo pensaba, notaba una presión lacerante en los ojos y su garganta se hacía un nudo apretado.

Tomó todo el aire que pudo. Lo aguantó mientras golpeaba la madera de la puerta y solo lo soltó cuando la abrieron. Al otro lado del umbral se encontró con el rostro menudo de Flora, la hija menor. Aunque era unos años más joven y siempre más

vivaz que ella, esa mañana apenas parecía un fantasma. Llevaba el pelo pajizo suelto y enredado. Cientos de venitas le cruzaban los ojos, rodeados por unos párpados enrojecidos. Una pestaña se había soltado y permanecía pegada a su mejilla en los restos de una lágrima seca. Ya se había puesto ropa de luto, no había esperado a que ella apareciese para vestirse de negro. Parecía muy cansada, a lo mejor no había dormido nada, a lo mejor llevaba horas llorando. Eso lo hizo más real, más doloroso. Lo único que dijo la muchacha fue un triste agradecimiento por llegar tan rápido.

—Es mi trabajo —contestó Alma, aunque en realidad no lo fuese aún. Esas palabras hicieron que un sabor amargo le inundase el paladar—. ¿Dónde está tu padre? Me gustaría hablar con él.

Se encontraba en el salón. La voz de la chica se fue debilitando al tiempo que se giraba para indicarle el camino. Ella lo conocía de sobra, pero se dejó guiar de todas formas.

La planta baja tenía tres estancias: dos habitaciones y un comedor que a la vez funcionaba de cocina. Las cortinas cubrían las ventanas y la luz de los pasillos era tan tenue que Alma tardó unos segundos en acostumbrarse. Lo primero que escuchó fue un sollozo ahogado de Bosco, luego vislumbró un par de siluetas encorvadas, las dos sentadas. Una de ellas se levantó en cuanto puso un pie en el salón.

—Gracias a Dios. Temía que ninguno de vosotros pudiese venir.

El hombre, alto, moreno y fuerte, en ese instante parecía poco más que un niño con terrores nocturnos. Entre las sombras del salón se veía un resplandor grisáceo que eran sus ojos. Se acercó a ella para agarrarle la mano entre las suyas, siempre ásperas. Temblaban y estaban frías. Tras él, el doctor del pueblo se puso en pie; Alma ni siquiera se había percatado de quién era la segunda silueta. Se aproximó a ellos con un paso desesperadamente lento, porque no se atrevía a interrumpir.

—Lo siento si esperaba a mi abuelo —dijo ella con un titubeo—. Pero hace poco tuvo que atender a otra persona y su

salud se resiente mucho cuando usa magia de sangre. Apenas puede levantarse de la cama. Lo haré lo mejor que sepa.

—No, querida. No te preocupes. Confío en ti tanto como en él. —Las palabras de Bosco se transformaron en un gemido colmado de pena.

Alma sintió un escalofrío, aquel hombre decía eso por su desesperación. Lo veía en sus ojos, brillantes pese a la oscuridad. Intentaba ser amable de alguna manera, pero a ella le resultaba inquietante que depositase su fe en lo que iba a realizar. Porque era triste. Triste, inevitable y ella no quería hacerlo.

En un intento de disimular la inquietud, desvió los ojos a la otra sombra. El doctor Mir, más que afligido parecía cansado. Era delgado y la bata le colgaba de los hombros igual que lo haría en un perchero. Estaba salpicada de manchas marrones, algunas prácticamente secas. Aunque no tenían el color escarlata de las amapolas, sino un tono tierra y algo verdoso como el musgo: era sangre. Y había mucha. Alma no pudo mantener los ojos en el mapa que dibujaba sobre la ropa del médico.

—No hay nada que pueda hacer por ella —habló el médico, con un tono lúgubre mientras se quitaba los anteojos—. Solo podemos dejarlo en tus manos. Está sufriendo una agonía. Te prometemos que lo que ocurra no saldrá de aquí. Tienes mi palabra de profesional.

Alma asintió, sabía que no la delatarían ante nadie, aunque no se atreviera a mirarla a los ojos. Salinas era un lugar seguro, incluso para gente como ella, a la que el resto de los habitantes preferían no hablar demasiado. De pronto, la cabeza le pesaba más y, por un momento, pensó que se quedaría inclinada, observando el suelo.

—Lo haré lo más rápido que pueda. —Se volvió a Bosco Loredó—. Lléveme con ella.

El anfitrión suspiró hasta deshincharse por completo. Arrastró los pies por las baldosas hacia la habitación, sin fuerza para dar pasos reales. Fue él quien abrió la puerta del dormitorio. El aire estaba impregnado del olor a sangre verde incluso

antes de cruzar el umbral. Alma conocía los diferentes tipos de sangre mágica, pero era la primera vez que se topaba con la de aquel color. No dejaba un regusto a hierro en la garganta, sino a resina de árbol. Le recordaba a cuando deambulaba por el encinar.

La oscuridad la engulló al poner un pie en el cuarto. Muy despacio, aparecieron formas sutiles, plateadas por la luz blanca que entraba por una rendija entre las cortinas. Las arrugas de las sábanas formaban un paisaje de dunas que culminaba en el cuerpo de Salvia. La mujer estaba tumbada tan recta que ya parecía en el féretro. Las manos, agotadas por el trabajo, sobresalían del camión blanco. Aún llevaba los dos anillos con los que siempre la veía: el de plata con el que canalizaba algunos hechizos y la alianza que solo se quitaba para los trabajos más duros. Su respiración iba cargada de un gemido agónico que subía por la espalda de la chica en forma de escalofrío.

No se atrevía a mirarla a la cara, oírle ya era suficiente. Aquella mujer había sido la maga oficial de Salinas durante años. La había ayudado muchas veces. Siempre era amable con todo el que buscaba. Una mujer comprensiva que no merecía ser recordada así, destrozada.

—Así que los cuervos ya han llegado.

Alma pegó un salto minúsculo por la sorpresa. No le dio tiempo a preguntarse quién era el dueño de la voz cuando él encendió la lámpara de mesa. Un joven, lánguido cual sauce llorón, permanecía sentado en el sillón junto al lecho del matrimonio. Apoyado sobre su propia mano y con el codo hincado en el reposabrazos, observaba a Alma como si se tratase de una rata que se hubiera colado en el granero. Era moreno, su abundante pelo hubiese resultado bonito de no ser por el sudor que lo apelmazaba. Entre los mechones que le caían sobre la frente, se vislumbraban unos ojos resplandecientes y grises como el metal. Medio cerrados, perdidos en la distancia. Llevaba años sin verlos. En ese momento se encontraban enmascarados por unas profundas ojeras; aun así, gracias a ellos, lo reconoció.

Nadie olvidaba la mirada de Silvestre Loredó.

—No seas maleducado —riñó su padre, aunque por su tono de voz era más que evidente que no tenía fuerzas para hacerlo.

—No es mala educación. Solo comento los hechos.

Él se levantó con unos movimientos acompasados a la perfección, parecían sacados de algún *ballet* que hubiese visto en París. Primero estiró los brazos, luego las piernas... Era elegante pese a las arrugas de su camisa mal abrochada. Sus pasos apenas sonaban. Cuando Alma quiso darse cuenta, lo tenía enfrente y debía levantar la vista para mirarlo.

Su expresión de asco se acentuó más. Retorció los labios y las aletas de la nariz se le abrieron. Alma notó unas palabras germinando en sus pulmones, pero no llegaron a salir. Había creído que no volvería a ver esos ojos y no sabía cómo reaccionar ante ellos. Había perdido la costumbre.

Tras un segundo en aquel extraño silencio, Silvestre siguió su camino, pasó por delante de Bosco, pero a él no lo miró.

—Voy a llamar a mi hermana. Supongo que querrá despedirse de nuestra madre antes de que la bruja haga su trabajo.

Eso enfadó a Alma, sintió aquel comentario como un puñetazo en el esternón. Las córneas comenzaron a escocerle y se le formó un nudo en la garganta. Abrió la boca para contestar, pero, entonces, Salvia emitió un sonido doloroso que la hizo enmudecer.

Dio la espalda a Silvestre y se volvió hacia ella; por primera vez, la contempló directamente. Tenía una respiración ahogada y el pecho le subía y bajaba de forma brusca. Un horrible golpe le había hundido el hueso del cráneo, arrancado una parte del cuero cabelludo, y el ojo izquierdo no era más que un amasijo sin forma del color verdoso de su sangre. Solo le sostuvo la mirada un instante, pero su imagen se le grabó a fuego en las retinas. Sintió náuseas y un ardor en la boca del estómago.

Era un verdadero milagro que siguiese viva y, a la vez, una terrible maldición.

—Perdónalo. —La voz del padre de la familia la devolvió a la sala—. Lo está pasando muy mal. Vino lo antes posible desde

Francia y no ha dormido desde entonces. Ha pasado la noche intentando lo imposible...

Se obligó a poner el respeto que sentía hacia la maga del pueblo por encima de la rabia que le daba el comentario de su hijo. Ella no merecía menos.

—No se preocupe, estas cosas no son fáciles para nadie.

Lo dijo tanto para él como para convencerse a sí misma y no darle más importancia de la necesaria. Para convencerse de que su trabajo, aunque triste, a veces era indispensable.

Un bisbiseo a dos voces recorrió la casa. Al momento, llegó Flora con paso apresurado y un hipo acongojado que se escapaba, aunque ella intentase evitarlo. Detrás iba Silvestre, que se quedó apoyado en el quicio con la mirada fija en su hermana desconsolada. La chica se arrodilló junto al lecho de su madre y la agarró de la mano. La llamó una infinidad de veces, cada una más débil que la anterior. A Alma le recordó demasiado a sí misma y no quiso permanecer ahí, se había quedado sin aire para respirar.

—Será mejor que os deje a solas un momento —susurró sin fuerzas.

Ella también sentía ganas de llorar.

Había un nombre para lo que hacía. Lo había leído por primera vez en un viejo diccionario, venía del griego y significaba «buena muerte». Sin embargo, pese a poseer ese adjetivo positivo, ni ella ni su abuelo se atrevían a pronunciarla. Lo más seguro era que su madre, que también la realizó durante un breve periodo de tiempo, tampoco hubiese llegado a hacerlo. Sonaba a maldición más que a consuelo. De hecho, a efectos legales, estaba prohibida.

«Solo un dios o un monstruo puede matar así. Y Dios solo hay uno», había escuchado desde pequeña en la iglesia. Así los veían, como peligros acechando en la oscuridad. Esa tarde, ya de vuelta en su casa, Alma sentía que aquella era una verdad indiscutible.

Había sangre de muchos colores: la roja, que no poseía magia; la verde, como la de Salvia y sus hijos; la ocre, la blanca, la azul, la violeta... Cada una con su propia cualidad. Y de entre todas, ella tuvo que nacer con la sangre negra como el alquitrán.

El color de la muerte y de los demonios que se ocultan bajo la cama.

La mirada perdida de Salvia todavía bailaba en sus retinas. Aunque ya hubiesen pasado horas, el tacto de su mano seguía instaurado en su piel. Estaba fría, muy fría, incluso aunque se encontrase todavía viva. Su abuelo nunca tocaba a la gente cuando trabajaba, pero ella imaginaba que en esa situación agradecería algo de contacto. La maga del pueblo parecía de ese tipo de personas, de las que no daban abrazos efusivos, pero sí apoyaba la mano en el hombro de quien lo necesitase. Siempre había sido amable y cordial con ella. Se lo debía pagar, aunque fuese con ese gesto.

No había comido nada, la tripa le rugía con furia. Aun así, no hallaba fuerzas para ir a la cocina. Al llegar a casa había ido directamente a su cuarto en la planta superior y se había tirado sobre la cama. Lo había hecho sin pensar, llevada por su propio cuerpo exhausto e incapaz de hablar. Se mantenía en ese estado de vacío desde que salió de la casa de los Loredó.

Los conjuros susurrados, con los que los magos de sangre negra separaban las almas de los cuerpos, dejaban a quien los pronunciaba hueco por dentro durante horas. Un dolor recorría su cuerpo de arriba abajo, provocando un cansancio difícil de combatir. Por eso había ido Alma en lugar de su abuelo.

Hacía solo unos días que Valiente había tenido que realizar la misma magia que ella en una de las aldeas cercanas. Todavía no había terminado de recuperarse de las secuelas y ni siquiera podía caminar sin marearse. Repetir un hechizo así era peligroso. Ella lo había acompañado para aprender, llevaba años viendo como Valiente murmuraba al oído de los moribundos y se creía preparada. Además, se suponía que una chica joven aguantaría mejor que un hombre ya achacado por los años. No obstante, su

cabeza parecía sumida en una niebla densa en la que no veía ni la punta de los pies. Estaba agotada.

Nunca había imaginado que su primera vez fuese con alguien a quien conocía tan bien como a Salvia. En ese momento se arrepentía de haberle dicho que podía hacerlo sola. Aunque hubiese sido ella la conjuradora, al tenerlo al lado habría sido más fácil.

Tres golpecitos en la puerta avisaron de que la entrada de su abuela, Caridad, era inminente. Alma se incorporó en la cama para recibirla, todavía adormilada. La anciana ya había pasado al interior del cuarto con un vaso lleno de leche y unas magdalenas que olían a recién hechas.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —preguntó mientras dejaba el plato y la bebida en la mesilla de noche.

—Fatal. —Soltó un enorme suspiro mientras se quitaba las legañas. No sabía si quería hablar o prefería no hacerlo. Fueron los ojos preocupados de su abuela los que la apremiaron a continuar—. ¿Al final me acostumbraré?

Caridad no contestó, sino que desvió la mirada y la pasó por las estanterías repletas de los libros de magia que había acumulado durante años. Realizó un viaje corto por todo el cuarto hasta posarla en un lienzo que esperaba a ser terminado junto a la ventana.

—No lo sé... Tendrías que hablar con tu abuelo de esto, nadie te va a entender mejor que él. Sé que es duro, pero no podéis ignorar lo que sois.

—No quiero que las cosas sean así... Acabé llorando también. Salvia estaba destrozada, no podía hablar, ni moverse... Pero escuchaba. Se veía en su ojo. Comprendía todo lo que estaba pasando alrededor... Y yo... —Alma se atragantó en su intento por aguantar otro llanto. Buscó en el cajón un pañuelo limpio con el que secarse los ojos y la punta de la nariz—. Creo que el abuelo tiene razón, todavía soy una niña para este trabajo. Hacer conjuros está bien, pero la magia de sangre... es demasiado.

—No digas eso. —La mujer se sentó a su lado en el borde de la cama y le pasó los dedos por el pelo castaño. A Alma le encantaba la sensación que le dejaban en el cuero cabelludo—. Has sido muy valiente al ir tú. Ya viste que un conjuro así a estas alturas deja a tu pobre abuelo en la cama durante días, hacer otro tan pronto... Lo que pasa es que es un viejo orgulloso y finge que no, pero ha sido lo mejor para él y te lo agradece. Cuando éramos jóvenes más de una vez le tuve que consolar después de alguna llamada.

—Y ahora te toca consolarme a mí.

—Eso siempre, mi sol. Cada vez que lo necesites.

Le dio un sonoro beso en la frente, le estampó los labios con tal fuerza que después de separarlos Alma sintió la presión durante varios segundos. Tras él, se levantó y volvió a dirigirse a la puerta.

—¿Sabes cuándo será el funeral? —No la miró al hacer la pregunta, se quedó con los ojos perdidos en su propia mano, apoyada en el picaporte.

—Mañana a primera hora es la misa y luego el entierro.

—Tengo que planear una comida rápida, entonces. No podemos hacer menos por nuestros vecinos y por la única otra familia mágica de Salinas. Sería muy desconsiderado no ir.

Alma sabía que a aquellas dos razones había que añadirle una tercera: «nuestra nieta ha matado a la maga del pueblo». No era del todo cierto y tampoco era del todo mentira. Esa ambigüedad era la que avergonzaba a todos los magos de sangre negra. Aunque les necesitaran en ocasiones como aquella, en realidad a nadie le agradaba cruzarse con alguien que podría matarlos de un soplo. Para las personas del pueblo, los Olivenza siempre bailaban entre la inocencia y la culpa. Aquellos gestos de cortesía servían para inclinar más la balanza hacia un lado que hacia otro. Ser amables y trabajar para la comunidad era lo que los mantenía a salvo.

Pese a ello, Alma había tomado una decisión. Dos ojos grises con el brillo de una navaja la habían obligado a ello. Eran una amenaza llena de lágrimas.

—Yo no puedo ir, abuela. Creo que no seré bien recibida. Y ya les he dado el pésame demasiadas veces.

Caridad se sorprendió y abrió los labios para replicar algo. No obstante, fuese lo que fuese lo que planeaba decirle, no llegó a aflorar. En su lugar, dio una fuerte y agotada exhalación.

—Si nos preguntan por ti, diremos que te encuentras mal...
—Dio un paso ya fuera del cuarto y comenzó a cerrar la puerta de nuevo—. Si quieres algo de cena te hemos dejado un poco de crema de calabacín y estofado.

—Gracias.

Caridad no añadió más. Lo último que Alma vio de ella esa tarde fue una sonrisa. Imaginó que era la que le dedicaba a su abuelo cuando eran jóvenes y él no ocultaba el malestar.



Tras tres años en las bulliciosas calles de París, la noche de Salinas le resultó silenciosa de una manera opresiva. El apartamento donde vivía estaba en el barrio latino y lo compartía con otros tres estudiantes. No había semana en la que no salieran los cuatro a algún local con una fiesta. Al caer el sol, toda la calle se llenaba de vida.

En cambio, en aquel pueblo a las orillas del Mediterráneo apenas había luz. Pese a que las estrellas eran muchísimo más bellas que en la ciudad, él no tenía fuerzas para elevar la mirada. El rumor del mar, con su respiración en forma de olas, poco tenía que ver con el murmullo del Sena, pero la tristeza apenas le dejaba escucharlo.

No podía creer lo que había pasado. Todavía sentía las piernas temblorosas como en el momento en el que recibió aquella llamada urgente. Sus compañeros de apartamento tuvieron que sujetarlo para que no se desplomara delante del teléfono.

Mostaza, la yegua que había coceado el cráneo de su madre, era un animal manso y amable. Salvia nunca había tenido ningún problema con un caballo, se le daban mejor los animales que los humanos. Silvestre había heredado aquel talento y la había criado desde que era una potra, tenían casi la misma edad. Le aterrizzaba pensar en que ya no vería en ella más que a una asesina.

¿Era normal que le preocupasen esas cosas?

¿Era lícito pensar en algo que no fuese su propia tristeza?

El pecho le dolía como si le hubieran atravesado un pulmón con una aguja de tejer. Sentía los ojos inflamados y todo el conducto respiratorio le quemaba entre la rabia y la desesperación. Sin embargo, no había conseguido llorar. Lo había hecho su hermana. Lo había hecho su padre. Incluso Alma había derramado lágrimas. Pero él no. Lo que Silvestre sentía era ira. El enfado ardía porque no podía pagarlo con nadie. Porque no podía dejarlo salir sin ser cruel. Cruel de verdad, con todos, incluso consigo mismo.

La noche anterior había intentado curar las heridas de su madre con la magia que había aprendido. No sirvió de nada. La sangre no había dejado de salir a borbotones. El cerebro de su madre no había vuelto a funcionar con normalidad. Daban igual los conjuros, las invocaciones... Nada había servido más que para hacerle daño con cada intento.

No pudo salvarla. Ya nunca lo haría.

La rabia en su estómago parecía unas ascuas que se negaban a apagarse por completo. Se giró de medio lado y golpeó una pared de cal con la poca fuerza que el cansancio le había dejado dentro.

—¡Joder! —chilló, su voz rebotó en cada una de las casitas de cal.

Si alguien lo oyó, desde luego no dio muestras de que fuese así. El único sonido que siguió a su grito fue el triste vaivén de las olas. Si no fuese porque algunas casas todavía tenían luz, habría pensado que estaba en un pueblo fantasma. O que él era un espíritu vagando por el mundo de los vivos.

Nada más.

La mano le ardía, por un momento camufló el resto de los dolores que sentía, mucho más lacerantes y profundos. Pensó que se habría herido, pero solo tenía los nudillos enrojecidos.

Con algo de adrenalina ya descargada, levantó la cabeza. La luna era un tajo en el lienzo negro y el horizonte se recortaba con los trazos bruscos de un acantilado. En la cima, se vislumbraba la silueta de una casa de dos plantas, más cerca del cielo que del agua.

Alma Olivenza seguía despierta, una luz anaranjada salía de la ventana que pertenecía a su cuarto. Había estado ahí, hacía años. No había pensado ni una sola vez en esa habitación desde que se marchó de Salinas. No obstante, recordaba aún que era aquella ventana, y no otra, a la que la maga se asomaba para ver el mar. Quizás en ese momento lo hacía, pese a que la distancia no le dejase verla. Estaba seguro de que sus costumbres no habían cambiado, aunque ya no fuese una niña. Era sencillo imaginarla apoyada en el alféizar con su pelo castaño y liso ondeando como la vela de un barco. Tal vez sus ojos negros miraban hacia la barraca, mientras pensaba lo mismo que él.

Había sido demasiado duro con ella... Demasiado cruel.

Como siempre.

Con todos.

—¡Dale, Tonet, dale!

El grito de una joven le distrajo, partió de mala manera el hilo de sus pensamientos. Un dúo de risas siguió a aquella extraña orden. Luego un pequeño golpe, seco y corto, culminó con el sonido de mil cristales rompiéndose en añicos.

—¡Ostias, Neleta, la hemos liado! ¡La hemos liado!

La frase parecía de alarma, pero la voz que la había pronunciado iba cargada de una desvergüenza que Silvestre reconoció enseguida porque no había cambiado en esos años.

—¡Malditos niñatos! ¡Cómo os pille se os va a caer el pelo!

Los gritos furiosos de uno de los vecinos salieron del punto en el que el cristal se había destrozado. Unos pasos apresurados

corrieron por las calles empedradas del pueblo. Silvestre se echó a un lado al ver cómo se acercaban en una persecución que aún no había empezado. Los mellizos Bello ni siquiera se fijaron en él al pasar a su lado entre susurros nerviosos. Se escabulleron por uno de los rincones y se escondieron en el hueco de una puerta. El hombre al que habían destrozado la ventana salió de su casa envuelto en una gruesa bata marrón. No recordaba su nombre, aunque estaba seguro de que le había visto en muchas ocasiones. Por la manera en la que lo miró, supo que él tampoco se acordaba de cómo se llamaba.

—Joven, ¿no habrás visto a un par de mocosos maleducados? Los condenados me han destrozado un cristal con su estúpida pelota de golf. —Para dar más veracidad a su relato, el hombre levantó una pequeña esfera blanca llena de hoyuelos.

—Lo he oído. Creo que se han ido corriendo calle abajo —mintió mientras alargaba el brazo en la dirección de la que hablaba.

—Muchas gracias, muchacho. ¡Cuando los pille no se salvarán!

El hombre retomó su furioso camino y Silvestre tuvo que morderse la lengua para no hacer un comentario en voz alta. Los que no se contuvieron fueron los culpables. En cuanto el vecino se hubo alejado suficiente, los hermanos salieron de su escondrijo. Él todavía tenía agarrado el palo de golf como si se tratase de un cetro. Los dos tenían la sonrisa culpable y tensa de quien no quiere responsabilizarse de sus malas decisiones.

—Le has dado demasiado fuerte, Tonet. ¿En qué estabas pensando? —murmuraba ella con tono acusador.

—¡Tú me has dicho que lo hiciera! —se defendió él—. ¡No quería darle a la ventana!

Ambos eran altos, delgados y condenadamente guapos. Bien lo sabían y bien se aprovechaban de ello. Hacía tres años que no los veía, pero no habían cambiado nada desde el colegio. Tonet y Neleta Bello, con su pelo rubio, sus ojos avellana y pieles saludables eran la envidia de los jóvenes que tuvieron que trabajar desde pequeños. Eran hijos del alcalde, un apasionado de Blasco

Ibáñez. Todo el mundo opinaba que poner el nombre de un par de amantes a sus niños había sido una mala idea, pero estaba hecho.

—Vaya, uno se va unos meses al otro lado de los Pirineos y sus mejores amigos se olvidan de él. Ya ni saludáis.

Los mellizos se miraron entre ellos y luego volvieron los ojos hacia él. Pestañearon más veces de las que serían necesarias para después transformar sus caras en un par de enormes sonrisas. Los años habían conseguido que sus rostros se diferenciaran, pero al verlos a la vez seguía siendo como mirar a dos gatos de la misma raza.

—¡Silvestre! —Neleta dio un salto y se enganchó de su cuello.

—¡Cabronazo! ¡¿Qué haces tú aquí?! —Tonet se unió al abrazo y le apretó tanto a él como a su hermana.

Parecía que nadie les había contado lo sucedido, aunque no le sorprendía. Ese par nunca había prestado atención a algo que no fuesen sus propias y desastrosas ocurrencias.

—Creía que ya no te juntabas con campesinos como nosotros. ¡¿Qué haces aquí en vez de en la cama de alguna francesa?! —continuó su amigo con un golpe en el hombro.

—Vosotros nunca habéis sido campesinos. Sois lo más burgués que ha pisado este pueblo.

Puso su mejor y más falsa sonrisa. No quería hablar de por qué estaba ahí, no quería mencionar el entierro, ni el funeral, ni el luto. Las risas de sus compañeros de adolescencia eran el mejor modo de alejarse de ello.

—¿Cómo es París? ¿Es tan romántico como dicen? —La voz de Neleta no había cambiado ni un ápice. Siempre cantarina y divertida como si estuviese a punto de contar un chiste.

—Sí. Sí que lo es. Las luces de las farolas se reflejan en el río cada noche, parece que las estrellas se hubiesen quedado atrapadas en sus aguas.

—¡Oh! ¡Dios mío, eso es precioso! ¡Ojalá pudiera verlo!

Sabía que eso le gustaría. Neleta siempre había sido una joven romántica y soñadora que no dejaba de fantasear con

grandes amores en ciudades luminosas. Nada que ver con su hermano, al que poco le interesaban esos asuntos y tenía gustos más terrenales.

—Madre mía, no me puedo creer que tenga a mi mejor amigo delante otra vez. ¡Vamos a tener que ponernos al día! ¿Te vienes a nuestra casa? Ya sabes que tenemos una llave de la bodega de nuestro padre.

La sonrisa se le tambaleó en los labios, pero logró sostenerla. Volvía a sentirse culpable por permitirse un instante de alegría en el peor día de su vida. Por ello, se alejó un par de pasos de los hermanos Bello. Aunque procuró fingir que era solo por cansancio.

—Lo siento, chicos. He tenido un viaje larguísimo en un tren horroroso. Debería ir a casa ya. Tal vez en unos días.

—¿Cuánto te vas a quedar, Silvestre? —preguntó Neleta con curiosidad.

La respuesta se le atragantó. La soltó rápido, en un intento de no balbucear.

—No lo sé. Todavía no lo sé.

Y era verdad, no se había siquiera planteado qué haría a partir de esa noche. Si regresaría a París a seguir sus estudios o si renunciaría a todo lo que no fuese ese dolor. Tendría que pasar unas semanas en Salinas para ayudar a su hermana y su padre a volver a la vida normal. Pero ¿y luego?

De pronto, echó de menos a su madre. De pronto, fue consciente de que nunca volvería a darle sus consejos, su ayuda. Nunca volvería a consolarlo cuando cometiera un error. Si regresara a Francia, no recibiría sus cartas. Si se quedaba, ya no habría nadie para esperarlo despierta cuando se retrasara.

La había perdido. Perdido del todo, para siempre.

No quería hablar con ellos. No quería reírse, tampoco pensar en la posibilidad de hacerlo. Se despidió lo más rápido que pudo, sin dar ni una pista de cuándo se verían de nuevo. Tenía que marcharse. Cuanto antes. Volver a su triste casa, con su triste familia y lamerse las heridas.

De pronto, se sintió solo por completo. Pero no lloró.



EL COLOR DE TU SANGRE DETERMINA TU MAGIA. ALMA NACIÓ CON LA MUERTE EN LAS VENAS.

Valencia, 1977. Alma puede matar con un solo susurro. Es una maga negra, aunque las calles de Salinas susurran otra cosa a su paso: «bruja».

Para Silvestre, de sangre y magia verde, la vida es mucho más fácil. O eso cree Alma, aunque en realidad, hace mucho que se retiraron la palabra. Y sí, Silvestre ha regresado al pueblo después de años estudiando en París, pero las circunstancias no podrían haber sido peores. Si por ellos fuera, sus caminos no volverían a cruzarse.

Sin embargo, cuando se ven obligados a colaborar para demostrar que merecen el puesto de mago municipal, protegiendo a sus vecinos de peligros naturales y sobrenaturales, Alma y Silvestre descubrirán que los dos albergan sombras que ninguno de ellos sospechaba, y que los sentimientos que creían olvidados no están tan extintos como desearían.



FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

